

# **Una historia detrás de la Historia**

**José Carlos Ramírez**

**Conferencia conmemorativa del cuarenta aniversario de la fundación de El Colegio de Sonora, presentada en Hermosillo, Sonora el 28 de enero de 2022.**

## I

Agradezco al Dr. Juan Poom, Rector de El Colegio de Sonora, la distinción que me ha hecho para participar como conferencista en este evento conmemorativo del cuarenta aniversario de la fundación de esta institución. Quisiera, antes que cualquier cosa, felicitar a todos los miembros de las generaciones que han construido este Colegio con sacrificio, inteligencia y pasión a lo largo de cuatro décadas. La experiencia de cada uno de ellos es un ladrillo en el edificio intangible que ahora sobresale de la vieja casona del centro de Hermosillo. Y con esto me refiero no solo a la experiencia proveniente de la dirección, docencia, investigación o difusión del conocimiento sino, también, de aquellas funciones aparentemente invisibles que mantienen en pie a cualquier institución y que, muy a menudo, nadie nombra. Para el funcionamiento armónico de El Colegio no solo cuenta la mano que escribe sino, también, la que limpia, apoya y depura. Por eso mi primera felicitación es para el personal administrativo, de cómputo y de intendencia que ha dado su vida a la institución y que, por lo general, aparecen anónimos en los discursos oficiales. A ellos va mi más sentido reconocimiento.

Enseguida pienso en los muertos. No puedo imaginar un Colegio de Sonora sin las maledicencias de Don Candelario, un viejo rústico de la Sierra, quien además de servir de correo, mandadero y recaudador de nóminas, nos reprendía por no destacar en la Historia de Sonora la empresa propietaria de los campos de garbanzo y algodón donde él había trabajado como jornalero, o de la actitud desparpajada de Ramón Nieblas Picos, un bibliotecario rollizo más preocupado por publicar en la revista de Harvard sobre biblioteconomía que en acomodar los libros regados a su alrededor en los estantes vacíos. Tampoco puedo olvidar a Lian Karp un intelectual de cepa pura, quien escondía en su masivo cuerpo un niño juguetero. Es inolvidable

la escena en la que Karp extendía sus manos ahuecadas, como si simulara recibir dulces, al momento de cobrar su salario en efectivo. Sin la participación de ellos o de Cesar Saint Claire en la administración de los exiguos recursos de aquellos primeros días de El Colegio, poco se hubiera avanzado. Conservar su memoria, así como la de mis distinguidos colegas Trinidad Chávez, Oscar Conde o del gran poeta Alonso Vidal, todos fallecidos en diferentes momentos, es recordar que una institución es ante todo un producto colectivo, donde se combinan la comedia y la tragedia humanas por partes iguales, y no una empresa tersa e individual. Ellos pululan por aquí, como los fantasmas del castillo de Udolfo, con más vida que los huéspedes vivos y revolotean entre nosotros con el mismo espíritu goloso que nuestro querido rector fundador Gerardo Cornejo Murrieta.

En cuanto a los vivos, quiero felicitar a los sobrevivientes del grupo fundador compuesto, de un lado, por los autores de la Historia Contemporánea de Sonora y, de otro lado, por los encargados de iniciar el primer programa de docencia. En su composición, los integrantes se dividen en sonorenses (locales y repatriados) y fuereños. Entre los primeros contamos a Ernesto Camou Healy, Ricardo León, Cristina Martínez, Horacio Lagarda, Jorge Luis Ibarra, Leopoldo Santos y el dueto de laureados poetas (Miguel Manríquez y Carlos Silva), mientras que entre los segundos se encuentran Rocío Guadarrama, Lourdes Martínez, Eduardo Ibarra, Elsa Peña y un servidor. Cualquiera que hayan sido los motivos de nuestra coexistencia no tengo más que palabras de gratitud y admiración hacia este grupo por haber compartido conmigo una experiencia difícil y edificante. Todos juntos logramos agregar los primeros ladrillos del edificio intangible y hacer que su sombra empezara a esparcirse por todo el estado. Ahora, con el concurso de investigadores consolidados como Ignacio Almada, Álvaro Bracamonte, Nicolás Pineda, Juan Poom, Catalina Denman, Blanca Lara, Lorenia

Velázquez, Lucía Castro, Gabriela Grijalva, Alex Covarrubias o José Luis Moreno, entre otros, los ladrillos son tan sólidos y numerosos que alzan el edificio más allá de nuestras fronteras. Mis felicitaciones a todos ellos, también, porque hoy celebramos, con las debidas proporciones, la creación de una pequeña Grecia en el desierto, donde pensar es la actividad más importante. Y eso, en un país como México, no es poca cosa.

Mi interés en esta charla es recrear la atmósfera que rodeaba al grupo encargado de la Historia Contemporánea de Sonora: sus vicisitudes y logros. Es, por lo tanto, una visión personal, una historia con letras pequeñas, de la Historia con letras grandes. La tarea no es fácil, porque este esfuerzo involucra narrar una historia de hace cuarenta años acerca de una Historia de 55 años (1929-1984). Y no estoy muy seguro de expresar lo que entonces sentía porque uno no siempre cuenta con la fortuna de Jorge Luis Borges de encontrarse con su “otro” yo, cuarenta años menor. Mucho de lo que antes me encendía hoy me parece una pérdida de tiempo, por lo que esta narración de los hechos es una interpretación aderezada de lo que ahora creo que entonces creía.

## II

Los hechos de la etapa fundadora ocurren entre 1982 y 1985, fecha de arranque y publicación de la Historia Contemporánea de Sonora, cuando, a decir de Gerardo Cornejo, “El Colegio cabía en un portafolio”. No quiero desmerecer el valor de la expresión, pero no deja de ser una figura retórica, porque la verdad es que no hay portafolio que archive todas las historias de esa época. Es probable que Cornejo se haya referido a la epopeya administrativa de la creación de El Colegio, en cuyo caso esa expresión me parece justa y realista. Pero esa es una historia

ya contada y quizás la única pública, que dio a El Colegio su edificio físico. Yo me voy a referir a la historia no contada, la académica, que dio a El Colegio su edificio intangible, ese que surge del conocimiento y de las ideas.

Esta historia inicia a mediados de 1982, cuando los miembros procedentes del entonces DF comenzaron a reunirse en Hermosillo. Fue un arribo escalonado, producto de una ardua labor de gestión con diversas instituciones y personas. Los primeros en llegar fuimos Ernesto Camou y yo y, un poco más tarde, Rocío Guadarrama y los demás participantes. La selección de los investigadores titulares estuvo a cargo del rector, con la asistencia de las autoridades de El Colegio de México y la UNAM, mientras que la asignación de los asociados fue un asunto de interés por las disciplinas.

A la par que cada uno se acomodaba en la ciudad, algunos nos movíamos de la oficina de la casa de la cultura, primer recinto de El Colegio, a la vieja casona de Obregón recién remodelada; otros más formábamos la biblioteca o cargábamos nuestros muebles para llenar las oficinas vacías. Todos participábamos de la fiesta por partes iguales porque, ahora lo entiendo, nada estaba escrito. La construcción de El Colegio de Sonora era, entonces, una empresa insegura que se desarrollaba en una época signada por la segunda gran crisis económica de los gobiernos priistas.

Tras el fracaso de la política expansionista basada en el boom petrolero de los años iniciales del gobierno de López Portillo, México inició 1982, el año de creación de El Colegio, con una fuerte presión sobre el tipo de cambio, que le llevó a devaluar su moneda de 27 a 45 pesos en febrero de ese año. La pesada deuda externa equivalente al 91.57% de su PIB y la errónea decisión de mantener el tipo de cambio fijo sin mayores reservas internacionales, procedentes

ya sea de los ingresos petroleros (cuyo mercado internacional estaba deprimido) o de los créditos externos, desataron una especulación en la economía que produjo una masiva fuga de capitales (8, 373 millones de dólares de un PIB cercano a los 184, 000 millones de dólares). La combinación de esa fuga de capitales con una inflación anual cercana al 100% provocó que el peso se devaluara aún más (ahora con un tipo de cambio libre), a 70 pesos por dólar en el mes de agosto. Las medidas adoptadas por el gobierno para mantener el control de cambios y frenar la inflación redujeron más el crecimiento del PIB (que en ese año fue de -0.2% respecto al de 1981), contrajeron el gasto gubernamental en 8% y arreciaron la política estatizante de ese gobierno al nacionalizar la banca. Con López Portillo, las empresas estatales y paraestatales alcanzaron el escandaloso número de 1155 unidades (contra 272 que existían al final del gobierno populista de Luis Echeverría).

La crisis, como era de esperarse, afectó de inmediato a los estados más dependientes del comercio exterior, porque sus empresarios se vieron forzados a comprar insumos (algunos a una tasa preferencial de 49 pesos el dólar) con créditos externos cada vez más caros. De ahí que resulta loable que el gobierno del Dr. Samuel Ocaña (con la gestión decisiva de Eduardo Estrella) haya apostado por subsidiar el proyecto de la Historia Contemporánea de Sonora y otras instituciones “poco rentables” como Radio Sonora o en menor medida el CIAD, en el epicentro de la crisis. Como sabemos, la contracción del gasto federal siempre ha tenido entre sus corderos favoritos a la educación no básica, por lo que no era de extrañarse que el gobernador del estado hubiera considerado a la investigación como un objeto de lujo. No lo hizo y eso fue inédito y bien recibido por todos. Que la SEP y, más tarde, el CONACYT hayan seguido el ejemplo del Dr. Ocaña era más bien una creencia de la época de que el financiamiento de la

educación pública en centros pequeños de excelencia era la mejor opción en las condiciones de un estricto régimen fiscal. La experiencia de los colegios hermanos, El Colegio de Michoacán en Zamora y El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, daba crédito a esa creencia.

La experiencia de ese año para el país no fue fácil. El hiperpresidencialismo de López Portillo y la falta de contrapesos institucionales que vigilaran el desorden en el gasto público, y que llevó a triplicar la deuda externa del país en términos del PIB en solo seis años, constituyen una dura lección para los mandatarios que gobiernan únicamente con miras políticas. Con la idea de un hombre fuerte, al mando de un partido único, uno no puede dejar de recordar la carta del exsecretario de Estado de los EUA, Robert Lansing, al magnate de la prensa William Randolph Hearst en febrero de 1924, en la que le conminaba a abandonar la idea de imponer un presidente norteamericano en México, porque para controlar a los mexicanos, decía, bastaba educar a sus futuros líderes en las universidades norteamericanas. Textualmente, la carta decía en un párrafo: “México es un país extraordinariamente fácil de dominar porque basta con controlar a un solo hombre, el presidente.” En un principio la carta me causaba escozor ahora, con nueva evidencia sobre la misma historia, la leo con preocupación.

La primera lección que todos aprendimos en esos meses fue, pues, que una crisis se resiente más cuando está en juego un proyecto común. En ese entonces, El Colegio era nuestro proyecto común, lo llevábamos encarnado y, a la luz de la experiencia mexicana, su viabilidad no estaba garantizada. Había que defenderlo. Y en ese punto la rectoría de Gerardo Cornejo fue muy hábil al garantizar el presupuesto del proyecto.

La segunda lección es más íntima, más personal, porque tiene que ver con mi relación con el calor desértico de Hermosillo. Recuerdo que apenas bajé del avión, el primero de Julio de

1982, y, por alguna extraña razón, me di cuenta de que su presencia me iba a acechar por doquier. Con las conversaciones de la gente, descubrí que ese calor era más que sudor y fastidio. Era el fetiche de la cultura sonoreense. El primer elemento de identidad de cualquier habitante del estado. En torno a él se construyen todos los mitos de los vencedores de los inhóspitos lugares de los valles o de la reciedumbre del ciudadano común, por más humilde que éste sea. No hay héroes en Sonora que no se hayan tostado al sol. Los enloquecedores 50 grados centígrados del verano o la resolana quemante del viento, son apenas pruebas espartanas para los que habitan Hermosillo, Caborca, Sonoyta o San Luis Río Colorado. El calor del desierto convive con ellos como el mejor huésped. Se despiertan hablando de él y se duermen añorando su ausencia. Tienen una obsesión inglesa por el mal clima. Sus brebajes y alimentos para aplacar las inclemencias del calor reverberante forman su cultura culinaria. La franqueza de su espíritu no es sino una deuda más con el calor del desierto, porque con su luz todo se expone; lo que se esconde se pudre. Así que una Historia sin esos mitos y obsesiones es una Historia descafeinada, ajena a los ojos de quien toma una fría cerveza en la cantina **La Bohemia** o adora al pinacate y su desierto de altar.

Mi opinión sobre ese calor no fue, sin embargo, tan heroica. Nunca busqué su amistad sino su compasión. Ya desde mis primeras caminatas matutinas, que mediaban entre la casa de huéspedes y la casa de la Cultura, estaba convencido que el sol buscaba aplastarme. Lo sentía implacable, alevoso, inmisericorde. Después de caminar las diez cuadras de regreso a casa, terminaba empapado en sudor, sometido a la risa hiriente de sus rayos de fuego vivo. En ese estado nada me parecía real. De hecho, me sentía como Marsault, el personaje central de la novela **El Extranjero** de Albert Camus, capaz de matar a causa del sol.



Una vez en la pensión, llamada por mis dos compañeros sinaloenses de alojamiento “la casa de la duquesa”, me recibía la dueña con una sonrisa displicente. Ella solía estar sentada en la sala, bien vestida con abanico en mano y oliendo a perfumes con aromas viejos. Dejaba las tareas domésticas a las sirvientas para concentrarse en conversar de sus glorias pasadas y de las aventuras de su sobrino, el rico real de la familia. Esa actitud me recordaba a la duquesa Sanseverina de la Cartuja de Parma de Stendhal, quien se desvelaba en cuidados por su sobrino Fabrizio. Las malas lenguas del par de granujas sinaloenses (más silvestres que el palo fierro) me contarían más tarde que esa historia no tuvo un buen final, porque la Sanseverina sonoreense vio con tristeza como su única hija se liaba con el héroe de sus charlas. En lo que a mi corresponde, la historia de esa casa, el sol y las alucinaciones, llegó a su fin cuando El Colegio terminó de ser remozado en septiembre de 1982, y yo pude moverme a otro lugar donde nadie me convenciera de las bondades del calor desértico, ni siquiera las palabras lisonjeras de Alonso Vidal, cuando dice:

Amar de por sí el ondulado  
pregón de las banquetas y avenidas, las  
rutas puestas y previsibles,  
la sustancia marina del desierto  
es casi como caer dentro de la boca de Dios  
poco a poco sin saber y sabiéndolo.  
Y es que a veces el aire es cómplice, el  
infierno que acorrala y ciñe,  
el mismo humor de la carne anhelante, el  
mismo fuego que vislumbra  
el bramar de las hierbas, el  
sofoco lento

(Fragmento de Poemas de Amor desarraigado de Alonso Vidal (2016). **La Raíz del Ángel.**

Gobierno del Estado de Sonora)

### III

La parte sustantiva del proyecto de la Historia Contemporánea de Sonora comprende los años de 1983 y 1984. Después de armar los cuatro equipos encargados de analizar las secciones económica, política, etnográfica-cultural y literaria del proyecto, procedimos a recabar información bibliográfica y hemerográfica. Esta tarea, aparentemente simple hoy en día, en aquellos años era una pesadilla. No había metabuscadores ni guías para localizar autores nacionales y extranjeros que hubieran escrito sobre Sonora en el periodo bajo estudio. En muchos sentidos fue una búsqueda a ciegas. Recorrimos bibliotecas en Sonora, DF y Arizona, vaciamos archivos privados, recopilamos censos de población, vivienda y económicos, consultamos publicaciones oficiales y tesis sobre fenómenos concretos. El resultado fue un total rompecabezas, porque encontramos mucho material de unos cuantos temas y poco estudio sobre muchos temas. Para nuestro pesar, eso significaba que la tarea era más grande de lo que, en principio, imaginábamos.

Como dato curioso, cabe recordar que no teníamos a ningún historiador en el proyecto y la ausencia sacaba ámpulas en el comité organizador de los cinco volúmenes de la Historia General, que, por cierto, tampoco contaba con historiadores profesionales. La verdad es que nunca resentimos esa ausencia, porque los fenómenos y agentes bajo estudio tenían, todavía, un curso de vida presente en esa época y, como bien sabemos, los historiadores, como Drácula, viajan de noche. No les gusta la luz de los vivos. En ese entonces, el único trabajo importante de un historiador sobre Sonora se remontaba a la revolución y eso apenas nos servía como antecedente.

El problema que enfrentábamos era, más bien, ¿cómo organizar la masa de información que habíamos recopilado? Los datos son números y letras muertas si no hay una interpretación que les dé vida o sentido. Es ocioso discutir sobre la pureza de la información bajo análisis, cuando ésta tiene una métrica y significado concretos. Los censos, por ejemplo, tienen números que son contruidos de acuerdo con ciertos conceptos, así como las biografías contienen la información que los historiadores quieren resaltar (a costa de omitir otra) en su interpretación buscada. Eso lo sabemos y no hay nada más inútil que buscar la objetividad de la ciencia, que trabaja con objetos inanimados, en un mundo de personas con intereses muy animados.

La respuesta a la pregunta nos llevó a elaborar un cuerpo inicial de hipótesis que diera significado a los fenómenos económicos, políticos y sociales de la época. La idea era que esas hipótesis se convirtieran en “acercamientos progresivos” a las interpretaciones principales de la evolución reciente de su historia. Algo parecido a la acción de un microscopio que se ajusta para obtener una imagen cada vez más precisa del bicho bajo observación. No buscábamos imponer camisas de fuerza a la explicación de tal o cual evento, como lo hacen inconfesamente los historiadores tradicionales, sino más bien aislar los principales elementos que lo condicionaban. En esa tarea invertimos mucho tiempo y estudio. Las primeras propuestas salieron del equipo de economía y tenían un fuerte tufo a las ideas impulsadas por historiadores como Eric Hobsbawm o Witold Kula. Con el tiempo y el rabillo del ojo puesto en lo que hacían los otros equipos, las hipótesis experimentaron un provechoso proceso de hibridación, después de adquirir un sabor más sonoreense. La periodización de los hechos históricos adquirió, entonces, el sustento que antes carecía y los datos dejaron de brincar azarosamente para ajustarse a un patrón de ideas más ordenado.

Para darle un contenido más fino a las propuestas hicimos, adicionalmente, visitas de campo, entrevistas a personajes claves, espionajes en archivos públicos aun no desclasificados, y uso de técnicas de homogenización de datos censales, precios, cantidades y valores, entre otros afanes. La labor fue monstruosa porque si bien las hipótesis ordenaban la búsqueda de información, no la simplificaban. La jerarquización de los datos, es decir su prelación y validación, requirió un estricto proceso de discriminación de números y testimonios. Por cada cuadro que se incluyó en la obra se eliminaron otros tres, del mismo modo que por cada página que se escribió, seguramente, cuatro o cinco se sacrificaron. La versión última de la Historia Contemporánea es, pues, una versión refractaria de las historias laudatorias, las cifras engañosas de los políticos, los discursos a modo y las técnicas truculentas en el tratamiento de los datos. Todo cuanto escribimos fue, en la medida de nuestras capacidades, la mejor interpretación, no la única, que se ajustaba al cuerpo de hipótesis en constante revisión.

La unidad de la obra es, entonces, la primera cualidad de la Historia Contemporánea de Sonora y, quizás, la más reconocible. Gracias a su estructuración rigurosa, el lector puede entender las razones económicas, por ejemplo, de la migración de la sierra (Tarachi) a los Valles (Villa de Juárez) de la familia de Cornejo y las motivaciones de orden general que le llevaron a escribir su nostálgico libro **La Sierra y el Viento**. Pero, además, La Historia Contemporánea se destaca por su diversidad de interpretaciones que la libran de determinismos en la explicación de fenómenos de distinta naturaleza. Cada sección incluye narrativas con diferente nivel de desagregación y métodos de análisis propios de cada subdisciplina. De tal modo que, si bien los capítulos están hermanados por un cuerpo general de

hipótesis, no todos guardan los mismos lazos carnales. Entre ellos hay una variedad de visiones que hace de la lectura un vuelo de águila con diferentes metros de altura.

Con la historia económica, por ejemplo, el lector convertido en águila se eleva sobre las montañas para distinguir los grandes trazos de la sucesiva conversión minera, agrícola e industrial del estado. Es muy probable que no alcance a ver las propiedades de garbanzo y algodón del patrón de Don Candelario, pero sí las extensiones de sus sembradíos. Así que, para que no se enoje nuestro querido viejo gruñón, le mostramos el bosque a cambio de esconderle el árbol. Ahora, si el lector está interesado en los conflictos políticos del Maximato, la vida de las etnias o la literatura sonoreense, entonces su vuelo de águila entra en picada. Con cada intentona, el lector pasará de ser un mirón, colgado de la copa de un árbol, de los entuertos que Plutarco Elías Calles hace con los chinos y cristeros, a estar a ras de suelo para recrear en palo fierro el arca de Noé de los Seris y finalizar su viaje en el mundo interior de Abigail Bohórquez, justo cuando le arranca el corazón palpitante al sonoreense descastado.

#### IV

Si alguien me preguntara por la importancia de la Historia Contemporánea de Sonora, no sabría qué contestarle directamente. Y es que, para una institución, cuyo futuro depende del éxito de un proyecto, su terminación encierra varios significados. Para empezar, significa la prueba de fuego de su sobrevivencia. De no haberse terminado con decoro y puntualidad la obra, es muy probable que el futuro de El Colegio hubiera quedado en entredicho y que esta fecha no la estuviéramos festejando. Entonces, la culminación exitosa de la Historia

Contemporánea marca la vida independiente de El Colegio de Sonora como una institución solvente y seria.

Pero aún hay más. El fin del proyecto no solo nos liberó de la fuerte presión social que sentíamos entonces por la expectativa despertada sino, también, de la injerencia poco sana de un grupo de notables de la región que, bajo cómodos eufemismos, se adjudicaba el nombre de Comité Organizador de la Historia General de Sonora. Era un grupo que tenía una obsesión marcada con nuestra particular manera de desarrollar las cosas. Cada reunión con ellos, a las que Gerardo Cornejo y yo solíamos asistir regularmente, nos colmaban de recomendaciones y sugerencias para lograr una “historia más sonorenses” (sic). Nunca entendí a cabalidad sus verdaderas intenciones, pero el caso es que, al igual que nos ponían asesores, nos dejaban en situación incómoda con el grupo encargado de hacer la historia del periodo antecedente al nuestro. En mi interior pienso, ahora, que las posturas de ese grupo eran naturales porque, al fin y al cabo, tan solo se trataba de humanos guiados por aquellos apetitos oscuros, que gobiernan el alma tras explotar en nuestro cuerpo. Nuestra alma no es platónica, porque es raro que la razón gobierne sobre sus partes apetitivas o irascibles, sino Nietzscheana porque nace, más bien, de la rebelión de los sentidos, del dolor del cuerpo. No es siempre verdad entonces, como lo pregona Carl Sagan, que seamos materia estelar nacida para brillar.

Debo aclarar que nunca nos opusimos a ayuda alguna, sino al hecho de no contar con una persona de la talla, por ejemplo, de Ignacio Almada Bay, quien sin duda nos hubiera sido de mucha utilidad. En su lugar, nos enviaban supervisores más soberbios que sapientes. Así que, cuando nuestro poderoso centro de cómputo compuesto por tres Apple Macintosh 128K (compradas, según dicen, por Ernesto Camou en una tienda de dulces de Tucson) imprimió la

última de varios cientos de páginas de la Historia Contemporánea de Sonora para llevarla a la ceremonia de presentación pública a cargo del Dr. Samuel Ocaña, sentimos una liberación parecida a la de un exorcismo. Casi rezábamos para que las benditas computadoras dilataran en mostrar su bombita a punto de explotar cada vez que se hallaban al límite de su modesta capacidad de memoria y que, en aquellos años, era mucho menor a la de un moderno teléfono celular.

Fuera de estos detalles tan humanos como inútiles, lo importante es que los frutos verdaderos de la Historia Contemporánea vinieron, tiempo después, en cascada. Y es que con el conocimiento acumulado no solo se logró montar una agenda de investigación natural para los próximos años, sino que, además, se pudo apoyar el desarrollo de los posgrados. Con el inicio del primer programa de docencia, a cargo de Jorge Ibarra Mendivil (cuya paternidad es unánimemente reconocida), los brazos de El Colegio se alargaron, al graduar a alumnos que, a la postre, llegaron a ser rectores del mismo Colegio y varios de los mejores investigadores del estado. Algunos de sus maestros lograron, también, ser secretarios de educación pública, rectores de la UNISON, directores de investigación o secretarios de gobierno del estado. Nada mal para una institución tan pequeña.

En este recuento uno no puede dejar de mencionar los efectos de resonancia e imitación provocados, también, por la publicación de la Historia Contemporánea en la entidad y otros estados. Se trata de efectos muy importantes para evaluar la influencia del libro sobre el comportamiento de investigadores y profesores en su desempeño académico. Con esto nos referimos a las versiones actualizadas de la historia sonorensis surgidas después de la publicación del libro V y al uso intensivo de ciertos capítulos como auxiliar en las clases de

preparatoria, licenciatura y posgrado de las universidades públicas. Ambos tipos de efectos son, en muchos sentidos, un homenaje silencioso a la importancia de la Historia Contemporánea.

Pero hay algo, quizás, más importante para el equipo original de investigadores y es la transformación experimentada por todos durante la elaboración de la obra. Puedo decir, confiadamente, que nadie salió limpio de la experiencia tan brutal de este proyecto sobre nuestras jóvenes vidas. No nos hemos vuelto a ver por más de treinta y cinco años, ni sabemos nada de nosotros, pero creo que, si nos reuniéramos por una sola ocasión más, hablaríamos de aquella época con la frescura de una herida nueva. Estoy casi seguro de que acordaríamos nunca volver a intentar un proyecto parecido porque, entonces, nuestro atrevimiento rayaría en la estupidez. Una vez es suficiente, porque hay episodios de la vida que, repetidos, supuran.

En mi caso, debo decir que la Historia Contemporánea me quitó el velo de la ingenuidad disciplinaria. Tras mi salida del proyecto, no hubo escrito que me dejara satisfecho por un largo tiempo. Empecé a descreer del cuento de las virtudes de la especialización y de sus trampas cognitivas. La cortedad de los métodos de investigación tradicional en economía me resultaba engañoso, porque hablaban de seres racionales, sin conflictos políticos y de conducta intachable. En ellos no había situaciones extraeconómicas que les obligaran a cambiar su vida como comprador o vendedor. Parecían seres sacados de las telenovelas o películas rancheras, ya que eran binariamente consideradas o malas personas o ingenuas hasta la desesperación. Para reconciliarme con mi profesión, busqué actuar como en el matrimonio: pretender que estoy satisfecho y, en situaciones de conflicto, voltear a un lado para imaginarme un mundo opuesto. Con el tiempo me perdoné, bajo el entendido de que no soy epistemólogo, y decidí confiar toda la validez de mis conclusiones al conocimiento establecido, sin angustiarme por lo demás.



Finalmente quisiera confiarles que, por accidente, he descubierto en mi un don místico muy parecido al de Hans Schnier, el protagonista de la obra de Heinrich Boll, **Opiniones de un Payaso**, quien asegura percibir olores a larga distancia de las personas con quien habla por teléfono. Resulta que, con el afán de no dejarme atrapar por el tedio, busco siempre la lectura de las novelas o cuentos que tengo al alcance. Mi rutina consiste en leer unas secciones del libro y, luego, olerlo para imaginarme las sensaciones que me despierta. Es difícil convencerlos, pero he logrado hacer largos viajes de una manera vívida y extraña. El último viaje fue hace unos días, después de leer un fragmento de la Peste de Camus (donde empiezan a aparecer las primeras ratas muertas en Argel) y oler sus páginas por unos minutos. En el trance me vinieron a la mente tres imágenes intempestivas: la mezquita de Córdoba, los callejones del exterior de la Alhambra en Granada y la película de Casablanca. No conozco Argel, pero, si me lo permiten, alcancé a percibir el hedor de sus calles pestilentes con esas tres imágenes sobrepuestas. Pero eso no es lo importante que quiero narrar, sino mi experiencia olfativa con la última lectura de la Historia Contemporánea. Y para eso me basta decir que, tras aspirar el aroma de las páginas amarillentas del libro, logré revivir, sin orden alguno, mi vida en Hermosillo en cuatro imágenes: el olor de los azahares del viejo patio central de El Colegio, el cielo arrebolado de las tardes en Kino, el chirrido de las brasas ardientes en una noche fría de Hermosillo y las manos pequeñas de mis dos bellos hijos buscando abrazarme.